

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

A los cien años del romanticismo

UNA circunstancia especial destaca en Francia el año 1930: el centenario del romanticismo. A principios de 1830, *Hernani*, el drama de Víctor Hugo que quebrantaba todas las leyes dramáticas, provocó una tempestad célebre en la historia literaria de Francia. Generalmente se considera al romanticismo como una escuela literaria, semejante a la escuela naturalista o a la simbolista, atribuyéndosele una duración de veinte a treinta años. Nosotros creemos, por el contrario, que el romanticismo es una corriente que no ha terminado con la escuela de su nombre y que no ha cesado de manifestarse en la literatura francesa hasta el momento actual.

La crítica oficial, que todavía busca una definición de la palabra *romántico*, se contenta con esta denominación simplista: *la escuela de la libertad en literatura*. En realidad esto es cierto, por cuanto ese movimiento rompió las viejas disciplinas de la literatura de corte; pero como definición nos parece insuficiente para fenómeno tan complejo.

En sus comienzos, hace cien años, el romanticismo fué, sobre todo, una oleada de humanitarismo, un movimiento de fe y de acción idealistas. Al mismo tiempo que rompía las formas artísticas heredadas de la Monarquía, vivificaba el ideal del 89 y de las barricadas de Julio. ¡Libertad! ¡Igualdad! Fraternidad! De este modo dominan al siglo dos colosos: Hugo y Balzac. En el primero el ideal del 89 se tornó en acción y profecías. En los demás, Michelet, Lamartine, Vigny, Lamén-

nais, el mismo idealismo liberal se manifiesta a través de sus múltiples y conturbados matices. El movimiento, en total, se distingue por una gran fe y una gran esperanza.

Pero, desde su nacimiento, este gran movimiento de idealismo generoso, humanitario y universalista, contiene el germen de una tendencia contradictoria: el individualismo; o mejor, el subjetivismo. Porque si bien el individualismo no se opone a lo universal ni se expande plenamente más que en armonía con la comunidad—como en las grandes épocas religiosas—, lo propio del subjetivismo consiste en no reconocer más que el individuo y relacionarlo todo con el *yo*.

La mayor parte de los poetas románticos permanecen ajenos al gran esfuerzo de generosidad universal de Hugo. De las tres palabras prestigiosas que encienden a las turbas y hacen temblar a la Bastilla, no conocen más que la primera: ¡Libertad! Y reclaman, no una libertad general, sino una libertad para ellos mismos, para sus pasiones individuales, para sus sentidos y para su espíritu. En ellos, la rebelión contra la injusticia y la opresión se relaciona con la rebeldía del individuo contra toda disciplina social. Su liberalismo llega a ser sinónimo de escepticismo e inmoralidad. Triunfa el dandismo, que Baudelaire define como *un ardiente deseo de parecer original, una especie de culto de sí mismo*.

Nunca se pondrá en evidencia suficientemente ese dualismo romántico; por él presenciamos nosotros el gran drama de la humanidad contemporánea.

El ideal en que se inspiraba la escuela de 1830 se nutría de principios que, en aquel momento, parecían eternos y a los cuales, en consecuencia, se creía aptos para inspirar un entusiasmo casi religioso a todas las clases sociales, con excepción de la aristocracia, contra la cual se dirigían. Pero en realidad tales principios pertenecían a una sola clase, la burguesía, que los había forjado durante su larga lucha contra la dominación feudal. Esos principios triunfaron con la burguesía en 1789 y en 1830 y comunicaron su espíritu al romanticismo de entonces. Así en la obra de sus grandes representantes de aquella época el romanticismo tiende hacia lo universal, porque traduce una fe realmente colectiva.

Pero a medida que el poder de la burguesía se consolidaba, el gran ideal del 89 se reducía a la noción del liberalismo económico, de la libertad de comercio. El reino del dinero se asentó sobre las ruinas de los privilegios aristocráticos. Como se había tomado en serio el ideal enrojecido con sangre en las barricadas, cuando triunfó el imperio del dinero la fe generosa

dió lugar a la más turbadora decepción. El poeta no creía en nada, no tenía confianza más que en sí mismo; busca las alegrías interiores, que escapan al poderío del dinero, siente la aristocracia y aspira a ser aristócrata del espíritu. Escepticismo, sarcasmos, refugio en el pasado o en el exotismo, reino del *yo*, desprecio a la sociedad, divinización de la vida interior—que se niega a comunicar—, bohemia, dandismo, tales son los caracteres esenciales de la literatura romántica del segundo período.

Después de las nuevas decepciones de 1848, no queda casi nada del gran aliento universalista de 1830, y el subjetivismo triunfa. En adelante se hace imposible todo acuerdo entre el individuo y la sociedad. Las aspiraciones del artista se armonizan con la concepción religiosa del mundo antiguo y medioeval; esta unión nos ha dado el Acrópolis y las catedrales. El subjetivismo es, en suma, la anarquía burguesa que llega a hacer imposible todo sentimiento profundamente colectivo, toda solidaridad intelectual; el poeta se encuentra solo con la riqueza de su vida interior; solo y en reacción contra el medio social. Así entramos en la era del diletantismo y el estetismo que después de Teófilo Gauthier conducirá a la esterilidad del Parnaso y al refugio del simbolismo. Y los genios cuya potencia interior sobrepasan al juego aristocrático del dandismo, Baudelaire, Rimbaud, no dejarán otra cosa que el punzante grito rebelde de los inadaptados.

Baudelaire, Rimbaud, son el romanticismo que continúa... No la tendencia hacia lo universal, sino la rebelión del individuo. Y si después de la reacción del naturalismo y de aquella del unanimismo, la joven generación *d'après-guerre* se envanece de Baudelaire, de Rimbaud y de Lautréamont, es porque del romanticismo rebelde de éstos desciende en línea directa su neo-romanticismo.

En 1930 vemos dominar en la literatura contemporánea dos grandes figuras: André Gide y Paul Valéry. El diletantismo estético de Valéry, el psicologismo analítico de Gide son las prolongaciones modernizadas del subjetivismo romántico. En los jóvenes, la guerra y sus decepciones han ejercido una profunda influencia, convirtiendo en ruinas lo que quedaba de los valores intelectuales del pasado y agravando el conflicto entre el individuo y la sociedad. En esta generación inquieta y trastornada el neo-romanticismo adquiere las formas más extremas. Diletantismo de salón en Jean Cocteau. Irrealismo aventurero en Blaise Cendrars. Los suprarrealistas se refugian en el sueño, o en lo sub-consciente. Nunca había revestido

tan graves caracteres el divorcio con la realidad humana. El escepticismo, la persecución del goce sin freno, los esfuerzos por alcanzar originalidad a cualquier precio, son las características generales que nos hacen encontrar en la inquietud de 1930 al subjetivismo romántico.

La tradición de la realidad humana y social se ha mantenido, indudablemente, a través del período *d'après-guerre*. No aparece una literatura proletaria; la voz universal de Romain Rolland encuentra escaso eco; pero hay una literatura nacional que continúa la corriente de la vida: André Chamsom, Henry Pourrat, Lucien Gachon, Jean Giono. Una reacción se manifiesta con Marcel Arland (Premio Goncourt 1929), Marcel Aymé, Georges David, Eduardo Peisson, todos jóvenes escritores de porvenir, que no se contentan con el refinamiento de la psicología individual o el juego del estetismo. Y esta reacción es hoy innegable y tan profunda que su existencia ha sido sancionada por la moda, creando la escuela del *populismo*.

Pero el neo-romanticismo no ha muerto, porque una nueva orientación literaria no alcanza a ahogar una corriente espiritual de tan profundas causas. Para nosotros, el drama que durante cien años ha creado el poeta, desde el dandismo hasta lo sub-consciente, es, ante todo, un drama social. Encontrará desenlace sólo en el retorno a un régimen que permita la realización de un esfuerzo colectivo, dentro de una concepción universalista del mundo. Sólo un régimen de esa naturaleza permitirá al individualismo restablecer la armonía entre la vida interior del hombre y las aspiraciones de una comunidad espiritual.—A. H A B A R U.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Louis Brauquier, el poeta de los puertos

BRAUQUIER es poco conocido en Francia y totalmente ignorado en América. Su poesía ruda, libre y, para algunos, algo romántica, no cuadra con las tendencias a la moda. Según mi modesta opinión, Brauquier es ante todo el marino, el hombre vivido que ama su oficio sobre todas las cosas, no por una comprensión espontánea del presente, sino por ser ese oficio el producto de un ten pe-